

IN MEMORIAM

APOLOGÍA DE LA SIMULACIÓN

Rubén Darío Flórez Arcila¹

En Colombia es tan oscura la confusión que nadie la advierte. Bogotá, para dar un ejemplo, no se admira con las realizaciones de sus hombres más enérgicos y francos sino con la evocación de los líderes, asesinados en la mitad de su camino: Uribe Uribe, Gaitán, Galán, Pardo Leal, Pizarro León Gómez, Gómez Hurtado etc., etc. Para ellos hay mucho mármol ostentoso y ninguna información esclarecedora. No se sabría responder con precisión, a un extranjero o a un niño ¿ por qué Bogotá, en casi todos sus parques importantes tiene estatuas para asesinados y no para los logros de esas vidas que el puñal, la bomba o el revolver acabó ? ¿ por quién ? Todo lo sella un gran secreto, porque las estatuas tienen esa ventaja. El mármol no recuerda, silencia más bien. Todo magnicidio se festeja noblemente: con su estatua respectiva. Y ya lo saben quienes pretendan atreverse a las palabras de verdad, correrán inevitablemente la suerte de que sus expresiones demasiado sinceras se transformen en epitafios fúnebres. Los aguarda tétrica la historia, que en Colombia escarnia con monumentos. Para que estén tranquilos los asesinos, los héroes se diluirán en el opaco olvido. Si se las mira bien, esas estatuas nos dan lecciones sobre el valor del silencio, porque los que hablan serán mediocrementemente evo-

cados. Serán símbolos inofensivos de las avenidas colombianas.

De suerte que aprendemos, mientras maduramos en la pedagogía de las estatuas y los refranes populares, que una boca cerrada va a estar llena de gusanos si se abre para dejar entrar las moscas. Es muy sencillo, un poco escabroso, pero es útil recordarlo. Los que no entendieron las sabias sentencias de un pueblo que no puede proteger a quienes tanto ama, quedarán convertidos en bellas efigies, ornato de nuestra capital. Además sus fotos darán novedad a la primera plana de los periódicos o renovarán la pantalla subiendo la sintonía de los noticieros televisivos; no es muy seguro que amemos a nuestros vivos, pero una cosa es obvia en Colombia; amamos con pasión a nuestros muertos ilustres, asesinados. La pasión colombiana la manifestamos en el amor por las balas que aciertan, suena con majestad bíblica.

La conclusión para todos nosotros, no es tan elegante como la reminiscencia bíblica, pero es práctica, con ella se consigue sobrevivir: es mejor no hablar. Lo cual en un país de cultores de la palabra, en un país de tertulias, de cafes, de cuenteros y cuentachistes, es casi una herejía, mejor, una blasfemia contra nuestra identidad. Pero es simple y son las lecciones de nuestra historia: el mutismo es la primera

1 Profesor, Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia.

estrategia de sobrevivencia. Aunque la naturaleza humana y la sociedad exigen que para poder vivir hay que conversar. Imagínense una sociedad sin palabras, o una sociedad de mimos, pero en Colombia ni siquiera un mimo se salva. Aquí empieza la gran confusión colombiana: sin palabras se sobrevive pero sin palabras no se vive. Y démonos cuenta, vivimos saturados de palabras, de discursos, de llamadas, de interjecciones, de programás, de locutores, de interlocutores, de interpretes autorizados de la realidad colombiana. Es curioso, los sobrevivientes deberían estar mudos como los héroes de los parques, sin embargo se la pasan hablando, perorando, garlando, armando su fina retórica cuando orientan o interpretan los males, el pasado y el declive o el futuro de la nación. Es admirable que no guarden silencio o puede ser que los muertos hayan comunicado bien su ejemplo: hay cosas de las que no debe hablarse, hay cosas que es mejor omitir y hay opiniones de intereses poderosos, importantes que es mejor no contradecir, tal vez repetir, si ellos lo creen adecuado. Así, si bien se sabe que quien habla de verdad, se convierte en una estatua de verdad; la única verdad de esta nación es que los muertos no nos dejaron otro chance que el de fingir que nuestros oídos no son sordos a tanta palabra necia que se escucha después de tanta bala. Debe ser que esta balacera de cuarenta o cincuenta años nos ha dejado sordos para distinguir las palabras de verdad del blablaba (bala bala bala ba bla bla bla...); o talvez los avivatos se las ingeniaran para hacer pasar sus palabras necias por palabras de verdad, entre tanta balacera y muy pocos distinguen, el miedo confundido con tanta m....

Es que este barullo macabro de balas y palabras nos hace que aceptemos el juego: creemos entender, creemos decir o escuchar las frases adecuadas aunque intuyamos o sepamos que lo que hay es un juego de simulación y ocultamiento comunicativo. Además terminamos llenos de sospechas ¿ que fue lo que realmente se quiso decir ? ¿ cuando dijo no, era realmente no ? ¿ La paz en su boca quiere decir que se está preparando para la

guerra ? y nos enfrentamos a una sórdida cacofonía de basura idiomática que produce sospecha y desconfianza. Hasta aquí nos trajeron nuestras macabras y maliciosas reglas colombianas aprendidas con el escarnio de nuestra historia de infamias adoradas: (I) es mejor vivir, es mejor callar, (II) se dice omitiendo, (III) se habla lo que conviene a los señores, (IV) sin palabras se sobrevive pero sin palabras no se vive (V) los que triunfan, aprenden a decir sin decir y los mejores a confundir (VI) las palabras sirven para ocultar.

En Colombia, teatro de másacres, selectivas (exquisitas), se ha diseñado la más espléndida simulación del lenguaje, la más persuasiva cacofonía. Ella mantiene el gran sigilo de las múltiples conspiraciones que sofocan a Colombia, las de los grandes intereses que han llenado a Santafé de Bogotá de plazas donde los niños, los extranjeros y los enamorados se toman fotos juntos a los héroes asesinados. Los que hablaron y rompieron el espeso sigilo. Hace cien años, que no se remueve y hiede. Cuando hablaron los asesinados se sintió comoapestaba este sigilo de siglo. Una gran poeta a propósito escribió que vivíamos en un país de moscas. Se descubrió en la balacera más delirante que el nuestro es un país de chulos, patria de gallinazos que se ciernen sobre tanta tumba medio abierta.

¿Pero entonces cómo se hace para seguir existiendo y al mismo tiempo decir, en la nación de los señores de los gusanos y las moscas?

No hay salvación porque no hay forma, pues para llamar la atención del pueblo y para no llamar la atención del pueblo los cómicos se vuelven hombres políticos y los hombres políticos se vuelven histriones. Son dos formás de ese lenguaje de verdad: el del cómico, que parodia y el del hombre público que simula.

El funcionamiento de ese idioma de solapamientos: ruido que no comunica o zumbido simulador, se advirtió, el día posterior al asesinato del histrión que no acep-

tó ninguna de las seis instrucciones de sobrevivencia en el país de moscas.

Por una cadena radial, Caracol, un ex-presidente venerable por su edad pedía justicia, se solidarizaba con el dolor del pueblo que adoraba el ingenio y observaba la valentía del humorista sin pelos en la lengua. El ex-presidente no se fruncía para nada, aunque él mismo había presionado tras bambalinas, la renuncia a su columna en uno de los diarios de Bogotá, al humorista de los 70, el escritor satírico Klim; sus caricaturas verbales le costaron salir del periódico donde permaneció largos lustros. Notable paradoja: la voz del ex-presidente que no toleró a Klim, de repente se convirtió a la multitudinaria admiración de la nación por Garzón y la cadena radial puso su voz para expresar la indignación por el asesinato de Garzón. Garzón se quedó sin voz, Klim sin columna; el ex-presidente con su finca, y jadea en Caracol por Garzón. ¡Paradoja que ni Voltaire podría ironizar! El mimo, que nadie pudo salvar, deliberadamente ante nosotros que reíamos entre los espacios que dejaba la gran balacera, hizo añicos con sus parodias cada una de las reglas. Hasta su último aliento el cómico Garzón dejó sin aire con su boxeo de gestos, con las estocadas de sus acentos risibles de lustrabotas: la simulación política, el ocultamiento con frases, las buenas - falsas maneras. La ironía perfecta es que su último aliento se utiliza por uno de los poderes de la comunicación radial para darle un segundo aire a la entrecortada respiración del aristócrata financista, ducho en ambigüedades retóricas. Y ya - no - lopes - ca - nadie.

Los muertos que hablaron tienen la boca tapada con la tierra, pero el hedor putrefacto del aire no viene de la corrupción de los gusanos en las tumbas, viene de los vapores de pestilencia que salen de las bocas vivas del simulacro: El gran simulacro de la verdad, la gran obscenidad de ese raciocinio público. Ojalá nos salvara el olor de los muertos que nos acompaña con su sangre roja de rosa inútil desperdiciada. El hedor de los avivatos que utilizan la memoria de los muertos tiene putrefacto el aire.

Aunque ya estamos zombies, acostumbrados al oscuro aire de la nación que nos parece el cielo normal de todos los días. Es una oscuridad de avivatos que parecen gatos negros o blancos o anaranjados, según convenga.

Pero hubo un suceso que comenzó en el 92, Zoociedad, luego Quac y después Heriberto de la Calle acordaron el corazón, las palabras, las sonrisas y las cosas. Garzón nos hizo reír de esas imposturas solapadas. Su verdad de cómico dolía, su don nos recordó la caricatura del país en que vivimos. Los niños y los viejos y los adultos descubrimos que con él le habíamos puesto una imagen curiosamente chistosa a las realidades despiadadas que nos rodeaban. El gesto tenía la facilidad de la risa y la penetración de una pregunta. Pero todavía todos éramos Inti o Dioselina. La risa no se pensaba que tuviera consecuencias. Las palabras de un bufón divertían a los señores pero el país las recordaba y las comentaba. En la oscuridad iban llevando la cuenta de cuántos minutos, días y años de vida le quedaban al cómico por cada gesto provocador.

Garzón mostró con gestos el ridículo de los "en apariencia" cultos, poderosos, serios. Que su gesto no era elegante sino rapaz; que su seriedad era falsa, que sus palabras escogidas se prestaban a la trampa, que lo visible era otro engaño más. El bufón mostró que todos esos liderazgos de bajo mundo de los clubes exclusivos o las haciendas sórdidas tenían su rey de mentiras, que no parecía tan terrible cuando Garzón volvía parodia en televisión sus gestos de personaje. Caímos en otro engaño, pensamos que podíamos domesticar nuestros odios y vilezas con el humor. Los primeros años de zoociedad, donde Garzón reveló su estrella, fueron la edad de la inocencia. Las balas llegaban a la televisión en los casetes que traían los reporteros desde las calles o el campo, no se pensaba que pudieran resonar en el estudio de Grabación en donde Garzón simplemente aumentaba el lápiz labial, se pintaba cejas, se ponía gafas, delantales, faldas y trenzas. Eran los años maravillosos del maquillaje. Pero Colombia empezó a ver las cosas desde esas trenzas y delantales.

Después el sitio de la observación fue una caja de embolador, uno de los emblemás urbanos que Garzón descubrió. No se pensó que una caja de embolador y una peluca pudieran provocar el designio de los asesinos.

Multiplicado por la cámara, en el espejo de su camerino, Garzón nos descubrió lo que tanta cacofonía verbal tapaba. Nadie pensó que el lápiz labial, sus sorprendentes gestos, y sus ingeniosos acentos lo convirtieran en una amenaza. Pero su risa estaba sentenciada, porque ella” aunque muestre las cosas distintas de lo que son, como si mintiese, de hecho nos obliga a mirarlas mejor, y nos hace decir: pues mira, las cosas eran así y yo no me había dado cuenta “Esto dice W. De Baskerville que enfrenta al fanático Jorge Burgos, quien ha planeado los asesinatos en la abadía medieval, de todos los que leen el libro sobre la risa de Aristóteles, Jorge Burgos piensa que la risa socava el miedo: la risa libera al aldeano del miedo”, “si la risa es la distracción de la plebe, la licencia de la plebe debe ser refrenada y humillada y atemorizada mediante la severidad”. En Colombia esa severidad es la de los sicarios y sus amos ocultos.

La implacable risa del alma niña y adulta de Garzón nos descubrió por medio de muecas, giros del idioma callejero, expresiones de la jerga juvenil y política, tics de los pasillos del poder o los poderes que nos sofocan, toda esa gran máquina de conjura y de locura que destroza a Colombia. Garzón, cuya naturaleza le impedía callar, con su demencia de histrión del idioma pescaba al simulador aprovechando sus gestos de ocultamiento, su disfraz público. En ese espejo de muecas el bufón retrató al circo triste y putrefacto de la vida social colombiana de la década de los noventa. Pero su arte, lleno de alusiones al día a día a través de las voces de los personajes de la noticia diaria, tenía la fragilidad de nuestra me-

moria: que en dos años olvidará nombres, fechas y acontecimientos. Sus acentos sarcásticos se volverán inocuos.

Cada uno de los personajes (compleja suma de alusiones), fue una vida de segundos que Garzón al interpretarla, iba restándole años a su propia vida. Fue el elevadísimo precio por cada acto de franqueza de sus gestos, sus pelucas, sus carcajadas emblemáticas y sus acentos provocadores que llenaban de risa a los niños y a los adultos. Nunca pudo ser tan cierto que un gesto auténtico, que un decir sin tapujos, en Colombia se paga con sangre. Pero el tropel de libertad desaforada no podía durar mucho, sus palabras ya no eran las de un cómico. Empezaron a perder su acento de show y a adquirir seriedad. La caricatura se volvía radiografía.

Entre el barullo de tantas simulaciones, Garzón en broma decía lo que otros no se atrevían en serio. Sus palabras de muchacha del servicio Dioselina Tibaná, de mafioso de cartel, de político liberal corrupto, de fanático conservador, de senador narconacionalista, de guerrillero o para, de fatuo ex-presidente o candidato a presidente, de niña politóloga gomela, y después, de todos ellos metidos en la lengua áspera de Eriberto de la Calle, el embolador sabio y pícaro, han sido derrotados; por el gran hedor de la fosa que siguen cavando en Colombia, los dueños de esta patria de chulos, de este país de moscas. Los señores se hastiaron con el carmín del maquillaje del Bufón y volvieron a los suyos: la sangre, los chistes los divierten pero la sangre los apacigua.

Lo dijo un sutil periodista: para Garzón ha empezado el eterno silencio, para la época, sin sus pelucas, sin sus preguntas de embolador, una sórdida mudez, un fétido hedor y un gran ruido idiomático que sustituye al lenguaje. Y donde no queda lenguaje solo hay sitio para la balacera y las estatuas de la capital. Garzón ya se ganó la suya: un lápiz labial al lado de una bala y blablabla...

